



Jorge Millas. Filosofía chilena en tiempos de oscuridad

MAXIMILIANO FIGUEROA

Doctor en Filosofía, Universidad de Deusto, España
Académico Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Alberto Hurtado
mfiguero@uahurtado.cl

Resumen

Este artículo es una descripción general de las principales temáticas y luchas que ocuparon al filósofo chileno Jorge Millas en los últimos años de su vida, específicamente entre 1974 y 1982, años en que Chile vivió la interrupción violenta de su vida republicana. El texto examina especialmente su compromiso especulativo y práctico con la defensa de los derechos humanos, de la democracia y de la institución universitaria.

Palabras clave: Jorge Millas, filosofía chilena, democracia, derechos humanos, universidad.

Abstract

This article is a general description on the main thematic and struggles that occupied the Chilean philosopher Jorge Millas in the last years of his life, specifically between 1974 and 1982, in which Chile lived the violent interruption of its republican life. The text examines specially his speculative and practical commitment in the defense of human rights, democracy and university institutionalism.

Key words: Jorge Millas, Chilean philosophy, democracy, human rights, university.

Jorge Millas. Filosofía chilena en tiempos de oscuridad

MAXIMILIANO FIGUEROA

A Rolando Salinas, maestro en filosofía y humanidad en tiempos oscuros, con persistente gratitud y afecto.

Presentación

Jorge Millas entendió la praxis reflexiva como una de las más claras manifestaciones de nuestra condición espiritual, como un ejercicio consecuente con la demanda de una vida que busca la lucidez y la expansión de la libertad. Su obra invita a elevar la conciencia respecto a los poderes del espíritu, a reconocer el espacio que éstos debieran ocupar en nuestra autoimagen y en la construcción del destino social. Desde *Idea de la Individualidad* (1943), *Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente* (1960) y *El desafío espiritual de la sociedad de masas* (1962), hasta obras como *Idea de la filosofía* (1970), *De la tarea*

intelectual (1974), o *Idea y defensa de la Universidad* (1981), se puede reconocer la defensa del espíritu como uno de los grandes hilos conductores de su pensamiento. Como pocos, Millas entabló desde temprano una lucha contra fuerzas e ideas que empobrecen al hombre, que obstaculizan su condición y sus capacidades; denunció las elaboraciones ideológicas que nos exponen a situaciones de dominación y atropello; sus escritos no cesan de alertarnos frente a las estrategias de rebajamiento que el hombre suele poner al hombre y de desafiarnos a ejercer aquellas facultades que nos hacen responsables de la suerte de los asuntos humanos y de la salvaguarda de la dignidad de las personas.

Ser sujetos conscientes, no renunciar al examen del sentido y del valor implicados en cada situación, ejercer la crítica y la interrogación como tareas de un espíritu en vigilia permanente, fueron, para el pensador chileno, exigencias ineludibles para quien se plantea y asume el desafío de entablar una relación lúcida con la vida: “A cada cual, en efecto, una vez puestas estas condiciones, pertenece el determinarse a ser hombre con mayor o menor plenitud, según el menor o mayor lujo de conciencia agregado a su acto de existir. Puede el hombre, por ejemplo, embotarse en una existencia soporífera, sin tensión ni lucidez: pasa para él el tiempo, pasan los sucesos, como para el animal el ciclo de vida y las regularidades y azares de su medio. Puede también despertar a una experiencia de máxima vigilia, tensa y alerta, para la cual el tiempo y la vida no “suceden”, sino que brotan como actos de vivir, de la propia existencia del sujeto”.¹

Millas nos previno respecto a las tendencias del ser humano al decaimiento espiritual: sonambulismo, conformismo, fatalismo, son formas de un mismo fenómeno consistente en la dimisión que el hombre hace de su condición y frente al cual él insiste en recordarnos que “toda situación es para el hombre una tarea [...]” y que “lo espiritual irrumpe a partir de una posibilidad de ser que aspira a realizarse y en vista de una situación concreta que de algún modo la detiene o perturba. Conciencia, libertad, invención,

¹ Millas, Jorge, *De la tarea intelectual*, Editorial Universitaria, Santiago, 1974, p. 18.

valoración son, por eso, categorías del mundo espiritual. Pero no se trata de facultades o predisposiciones vacías, ni de conceptos abstractos, ni de entidades supra-empíricas, sino de situaciones concretas del hacer humano, de un problema, en cada caso específico, de obrar libre, creadora y valorativamente frente a tal o cual circunstancia que sale al paso de las posibilidades humanas allí puestas en juego... La espiritualidad es un atributo de la vida humana, y no depende, por tanto, de las cosas y situaciones con que ella se encuentra, sino de lo que hace el hombre con las cosas y situaciones”.²

Las experiencias totalitarias, los fetichismos ideológicos y su búsqueda de dominio social, el desarrollo de la sociedad tecnificada de masas, el individualismo y la indiferencia como deterioros de la convivencia, el avance de la lógica mercantil como matriz globalizante, fueron algunos de los grandes fenómenos problemáticos que dieron marco a la reflexión de Millas y que animaron una búsqueda de lucidez en permanente vinculación con el entorno social inmediato en que se debatía su vida y la de sus conciudadanos. Bergson, Husserl, Ortega y Gasset, el pragmatismo de James y Dewey, iluminan y nutren de manera significativa muchos pasajes de su obra a través de una asimilación siempre crítica y original. Las concepciones categoriales que le otorgan identidad a su filosofía y que quedaron expresadas en nociones como *pensamiento límite*, *idea de la individualidad* y *espíritu concreto*, se configuran a lo largo de un proceso de notable coherencia y consistencia, reflejando una hondura filosófica y una vocación reflexiva que enriquecen nuestra tradición intelectual.

El ensayo de una descripción general de las principales temáticas y luchas que ocuparon a Millas en los últimos años de su vida, específicamente entre 1974 y 1982, cuando el país vivió la interrupción de su vida republicana, es lo que a continuación presenta este artículo. El propósito es recordar a un intelectual cuya vida y obra pueden significar en la hora actual un factor de orgullo y estímulo moral, una inspiración al

² Millas, Jorge, *El desafío espiritual de la sociedad de masas*, Editorial Universitaria, Santiago, 1962, pp. 48-49.

momento de debatir y pensar nuestra realización como sociedad. Jorge Millas encarnó los valores más preciados que se puedan vincular a una vida dedicada al pensamiento. Su reflexión, su coherencia y testimonio vital de compromiso con el destino del país, lo convierten en un hito relevante para la configuración de nuestra tradición filosófica y universitaria, ética y ciudadana. Nos mostró, viviéndolas, dimensiones que le confieren a la *praxis* intelectual toda su vitalidad, hondura y dignidad.

Tiempos de oscuridad

Fueron tiempos de oscuridad los que Jorge Millas tuvo que vivir en la última etapa de su vida, los mismos que enfrentó el país en su conjunto. Tomo la expresión, “tiempos de oscuridad”, de la pensadora Hannah Arendt, quien, a su vez, se inspira en un poema de Bertold Brecht para su elaboración³. La descripción habla de tiempos de injusticia, de asesinatos, de ultraje y desesperación, de tiempos propicios para experimentar una “ira bien fundada” e incluso ese “odio legítimo que nos afea”. Arendt, que quiso atrapar en la imagen de la oscuridad su propia circunstancia, aseveró que estos tiempos constituyen una posibilidad que sobrevuela amenazante el devenir de los asuntos humanos. Vivimos en nuestra historia reciente la penosa actualización de esa posibilidad, supimos del daño que algunos seres humanos pueden infligir a otros, de cómo ese daño puede provenir de un poder incontrolable y dirigirse cobardemente a quienes han quedado sin ninguna defensa.

De un modo coincidente con lo que fue nuestra experiencia, Hannah Arendt sostuvo, refiriéndose a la propia, que la tragedia de lo acontecido “era bastante real porque ocurrió en el espacio público; no había nada secreto o misterioso acerca de ello. Y aún

³ Arendt, Hannah, *Hombres en tiempos de oscuridad*, Gedisa, Barcelona, 2001.

así no era en absoluto visible a todos y además no era fácil percibirlo; porque hasta el momento mismo en que la catástrofe se echó encima de todo y de todos, permaneció encubierta, no por las realidades, sino por la gran eficiencia del discurso y el lenguaje ambiguo de casi todos los representantes oficiales, quienes continuamente y en muchas variaciones ingeniosas hacían desaparecer con sus explicaciones los hechos desagradables y la legítima preocupación. Cuando pensamos en tiempos oscuros y en la gente que vivía y se movía en ellos, hemos de tener en cuenta también ese camuflaje”.⁴

Jorge Millas fue consciente, más temprano que tarde, de los sombríos hechos de su tiempo, experimentó la obligación de intervenir con su testimonio y reflexión en el mezquino espacio público que dejaron aquellos que se apoderaron del destino del país. El año 1974 publica un volumen con el título *De la tarea intelectual*. La selección de textos, casi todos ellos discursos suyos pronunciados públicamente en años anteriores, son una indicación de su clarividencia respecto a la situación que vivía Chile luego de producida la interrupción de la vida republicana. Una defensa de la tarea del escritor como promotor del pensamiento crítico y libre, de la dignidad humana y de la democracia como sistema de convivencia moral desarrollado para su resguardo, la advertencia contra los horrores a los que conduce la embriaguez ideológica y a los que también pueden llevar las reacciones contrapuestas a ella, configuran el contenido de esas páginas, dan cuenta de su talante ético y del propósito político que explica su reunión. En más de un pasaje podría reconocerse el intento de Millas de contextualizar la situación que vive el país después del golpe militar de 1973. Pero contextualizar no quiere decir justificar. Su esfuerzo fue claramente un esfuerzo por elevar la conciencia de los actores sociales frente al proceso que vivía la sociedad chilena. Advertir que la evitación de un peligro puede exponernos a otros nuevos, tanto o más graves que los primeros, es lo que tuvo notoriamente como objetivo.

⁴ Ibid., p. 10.

En uno de los discursos recogidos en el libro, específicamente el que pronunciara el 30 de enero de 1974 en el PEN CLUB de Chile, con ocasión de recibir el Premio Ricardo Latcham y que tituló “El escritor y el deber intelectual”, con una lucidez que pocos de sus contemporáneos tuvieron en ese momento, Millas señala: “Aquí en Chile, de una manera trágica, que a ningún espíritu libre puede dejar de anonadar, hemos despertado de un sueño: el sueño de una sociedad que, a pretexto de liberar al hombre de las injusticias materiales impuestas por la sociedad burguesa, lo somete a peores formas de servidumbre, amén de inducirlo a trocar los males ciertos del pasado por dudosos bienes del futuro. Es un ideal en cuya virtud millones de hombres en el mundo, después de renunciar a la ilusión del más allá teológico que los anestesiaba frente a los padecimientos reales de sus vidas, se han refugiado en la no menos inspiradora ilusión de un más allá histórico que nunca llega”.⁵ A reglón seguido, conecta con la situación que se vive y tempranamente llama la atención frente a la posibilidad de que lo vivido se traduzca en el desarrollo de nuevas amenazas y nuevos horrores: “El hombre es en lo espiritual un ser de tendencias oníricas, que a menudo despierta de un sueño para caer en otro o continuar viviendo sonambúlicamente. Y no estamos libres en Chile de inducirnos a otro sueño para librarnos de los desvelos de la necesaria vigilia. Otras ilusiones, otras consignas, otras escatologías pueden adormecernos, poniéndonos a soñar con símbolos inversos, y engañarnos con el revés de la vieja ficción. Ya hay síntomas inquietantes de que eso podría ocurrirnos, y de que, habiendo renunciado a embotar nuestra humanidad en nombre de ciertos fines relativos, comenzamos a embotarla con otros nuevos”.⁶ Y reflejando una confianza en el poder de las palabras y la reflexión, que a no pocos puede resultar trágica, añade: “Si la mayoría del país tuvo la clarividencia suficiente para reconocer la caída que amenazaba nuestro ideal de vida libre, aunque imperfectamente democrática, conservémosla para que ese ideal no perezca en medio de sus inevitables contradicciones”.⁷

⁵ Millas, Jorge, “El escritor y el deber intelectual”, en: *De la tarea intelectual*, Editorial Universitaria, Santiago, 1974, p. 23.

⁶ *Ibid.*, p. 23.

⁷ *Ídem.*

De esta manera, su reflexión sobre la tarea o función social del escritor, desembocó en una defensa de la democracia como sistema político y forma de convivencia. “La democracia –sostuvo– se acomoda mejor que ningún otro régimen político a la condición humana, justo porque su esencia es el riesgo, y el riesgo va siempre implicado por la historicidad y la libertad del hombre. Por eso, sería malo nuestro rumbo si, conjurada la crisis antidemocrática que so capa de redención igualitaria nos amagaba, le tomáramos miedo a la democracia misma en cuanto nos fuerza a vivir azarosamente. Malo sería que el pasado reciente siguiera ululando como fantasma en nuestra morada cívica y nos llenara el alma de terrores”.⁸

Leídas desde nuestra distancia histórica, las palabras de Millas nos parecen, más que una advertencia oportuna, el presagio de lo que efectivamente ocurrió en los años siguientes. El pasado siguió ululando como fantasma y llegó a utilizarse como fuente de “justificación” de nuevos horrores a manos de fuerzas incapaces de ver y estimar el valor moral y político de la franquía democrática que Millas tanto apreció.

En las condiciones entonces existentes, sólo el coraje y una capacidad de indignación moral insobornable, junto a un profundo amor a la claridad que aporta la reflexión, pueden explicar que un intelectual dedicado a la academia se animara a reivindicar los derechos del pensamiento, de la libertad y de la dignidad humana en momentos en que el imperio de la fuerza no les reconocía ningún valor efectivo ni mucho menos incondicional. El escritor Luis Sánchez Latorre sostiene que Millas se convirtió en hombre de acción contra su voluntad, entregándose a una empresa asumida “en compensación acaso por el ausentismo de quienes, horrorizados ante la idea del horror, desertaban o se sumaban al triunfo de los hechos”.⁹ De manera similar, Humberto Giannini describe este ingreso al espacio público señalando: “varón retraído, inexperto por propia confesión, para la vida pública, fue empujado por los hechos a los primeros planos de la

⁸ Ibid., p. 24.

⁹ Sánchez Latorre., Luis, “Jorge Millas: una clase magistral”, Revista *Hoy*, n° 279, noviembre 24, 1982, p. 21.

vida nacional y en un momento tuvo que levantar la voz a nombre de los miles de seres silenciosos que no nos atrevíamos a hablar. Y el ejercicio honesto y medido de este derecho le valió, no ya la desconfianza, sino una guerra sistemática y demoledora”.¹⁰ Efectivamente, Millas debió padecer “el recelo, el hostigamiento y la exclusión” en esos tiempos en que la veda intelectual se convirtió en régimen permanente.

En momentos de la índole descrita, se hace especialmente intensa la tentación de desplazarse del mundo y del espacio público a una vida interior. Tentación que será conjurada por este pensador que se mantuvo fiel a lo que él mismo había señalado en su primer libro publicado cuando pasaba recién los veinte años: “Una filosofía que no esté animada por una verdadera pasión frente al destino del hombre, no es en propiedad verdadera filosofía”.¹¹ Años después, en la misma perspectiva, agregará que “al imperativo intelectual de mirar las cosas con ojos limpios, se agrega el ético de preocuparnos porque en ningún hombre se frustre el proyecto humano esbozado dentro de su ser”.¹²

Este doble imperativo no representó una simple declaración retórica, reflejó la convicción que animaría su vida y su pensamiento hasta último momento. El ciudadano y el filósofo se co-implicaron de manera necesaria en su persona, la acción y la contemplación conformaron una misma empresa de claridad y dignidad; la actitud concreta y el acto testimonial fueron la extensión coherente de lo que Millas defendió en el plano de las ideas; su empeño reflexivo, fue el ejercicio de lucidez crítica que cabía anteponer frente a la falsificación de la realidad y de los valores que desplegaban los órganos oficiales de esos años. En Millas no hubo ni pura acción ni pura contemplación, quizás porque, como bien señala Humberto Giannini, en un texto dedicado precisamente a su maestro, “en esa encrucijada, la filosofía –el pensador– no puede menos que asumir una tarea impostergerablemente mostrativa, testimonial, si quiere alcanzar la conciencia ajena... pero esto no dispensa al filósofo de la aclaración teórica que propiamente de él se espera”.¹³

¹⁰ Giannini, Humberto, “Jorge Millas, o el difícil ejercicio del pensar”, en: *Revista Hoy*, n° 278, noviembre 17, 1982.

¹¹ Millas, Jorge, *Idea de la individualidad*, Prensas de la Universidad de Chile, Santiago, 1943, p. 10.

¹² Millas, Jorge, *El desafío espiritual de la sociedad de masas*, Ed. Universitaria, Santiago, 1962, p. 25.

¹³ Giannini, Humberto, “Homenaje a Jorge Millas a 20 años de su muerte. Acerca de la dignidad del hombre”, en: *La experiencia moral*, Ed. Universitaria, Santiago, 1992, pp. 133-134.

Esa imbricación entre la reflexión y el testimonio, entre el valor de pensar y prolongar de manera práctica las exigencias de lo pensado, es lo que resulta más admirable en Jorge Millas, y es lo que a continuación quisiera esbozar al menos en tres concreciones que tuvieron lugar en la última etapa de su vida.

Violencia y Derechos Humanos

Jorge Millas dedicó un ensayo –audaz y lúcido, al decir de un crítico de la época¹⁴– a analizar lo que él llamó “las máscaras filosóficas de la violencia”. Se trata de un análisis del modo general en que los discursos “justificadores” de la violencia suelen constituirse. Se publicó en diciembre del año 1975 en la revista *Dilemas* que editaba la Editorial Universitaria. Había transcurrido casi un año y medio de la instalación del régimen militar en Chile y la violencia era parte importante del contexto que se vivía: su peso, su verificación y permanente amenaza, teñían los días. Es cierto que el conocimiento detallado y masivo de los hechos era muy difícil en ese entonces, existía un control férreo sobre los medios de comunicación y mecanismos para la elaboración y difusión de una “verdad oficial” que tendía a invisibilizar lo que ocurría o a otorgarle atenuaciones a su verdadera crudeza. Millas, como observador atento y sensible al proceso nacional, como un hombre con vínculos de amistad con destacados líderes políticos, pero también como miembro activo de una de las instituciones que fue objeto de intervención y purga, la universidad, parece haber sido consciente en un grado no menor de lo que ocurría y de la oscura suerte que algunos chilenos estaban padeciendo. El transcurso temporal, el resultado de algunos procesos judiciales, los materiales entregados por investigaciones periodísticas, las distintas comisiones creadas a instancias gubernamentales durante el

¹⁴ Ibáñez Langlois, J. M., “Sobre la violencia”, en: *El Mercurio*, Santiago, 26 de septiembre de 1976, p. 3. Hacia el final del texto se puede leer el siguiente balance: “He aquí un penetrante ensayo, digno de ser meditado siquiera entre los aspirantes a filósofos, para que nunca se diga que entre nosotros el pensamiento aportó su falaz contribución a lo que nunca debiera darse en el seno de nuestra comunidad pensante.” Efectivamente, no sería la pluma de Millas la que aportaría en ese sentido.

retorno a la democracia, el trabajo incansable de organizaciones de derechos humanos, han dado la evidencia, indesmentible y concreta, de que la violencia ejercida en los primeros años del régimen militar fue especialmente intensa y concentró el mayor número de casos de violación a los derechos fundamentales.

Millas despliega su reflexión sobre la violencia en una conferencia leída con ocasión de conmemorarse el cuarto de siglo de la Sociedad Chilena de Filosofía. Advierte el carácter incompleto de sus planteamientos indicando que forman parte de una obra mayor; obra que, como sabemos, no llegó a publicar.¹⁵ Es importante notar que el pensador le confería a estas reflexiones un sentido de total pertinencia, de urgencia incluso, frente a lo que Chile vivía: “las considero pertinentes en esta hora del país y del mundo. En cuanto a Chile, vale la pena que en reunión de cultores de la Filosofía agudicemos la inteligencia de un problema tan actual, cuya falta de comprensión puede acentuar el peligroso maniqueísmo y fariseísmo de la hora”.¹⁶

Para Millas no había duda alguna: “La filosofía de la violencia ha de partir de las víctimas a que la violencia se dirige, y tener en cuenta que el intento de ésta es anularlas mediante el sufrimiento”.¹⁷ “La idea de violencia requiere de esa clarificación, como toda idea, pero es también representación de una realidad *sui generis*, de carácter pavoroso, que sólo puede ser de verdad comprendida, teniendo a la vista su índole terrorífica. Hacer otra cosa, y hablar plácida y analíticamente de la violencia, haciendo su ‘fenomenología’ como quien hace la fenomenología de una polka, es hacer literatura y de la mala. Justo porque a la fenomenología le incumbe la descripción de las cosas en el modo exacto como son objetivadas por la conciencia, no podemos dejar de lado, en una descripción de la violencia, el hecho de que por su existencia misma hay unos hombres que son víctimas –víctimas del temor, del dolor, del crimen”.¹⁸

¹⁵ Se trata de un libro que tenía por título *El sin fin de la utopía*. El trabajo de elaboración de esta obra aparece referido en la página introductoria del libro *La filosofía y sus máscaras*, que publicó en Editorial Aconcagua, en Santiago el año 1978, y en el que se recoge el ensayo aludido, junto a un trabajo del profesor Edison Otero.

¹⁶ Millas, J., “Las máscaras filosóficas de la violencia”, *Dilemas, Revista de Ideas*, Editorial Universitaria, Santiago, diciembre de 1975, número 11, p. 3. Reparemos que para Millas la preocupación no es sólo que tal maniqueísmo y fariseísmo puedan darse, sino que lleguen a acentuarse aún más en la hora que se vivía.

¹⁷ *Ídem*.

¹⁸ *Ídem*.

Cuando la violencia ocupa el espacio de la política, que esto es lo que contribuye a mostrar el ensayo de Millas, viene a significar que hay cosas ante las cuales el prójimo desaparece; desaparece su rostro único, su humana y concreta condición personal. Hay algo “superior” que nubla la atención, que impide el reconocimiento entre los seres humanos, algo ante lo cual ese reconocimiento no tiene cabida ni importancia. La Patria, la Revolución, el Estado, el Progreso, la Civilización, la Humanidad, son formas, como nos alecciona la historia, que adopta eso “superior” que atrapa por completo la mirada y hace posible la insensibilidad frente al sufrimiento y la humillación de las víctimas. Millas denunció en otro texto el deterioro del amor, su desnaturalización más peligrosa cuando éste se asocia a tales ideas: “El amor mismo –sostuvo– puede invocarse como excusa para ser desconsiderados con el hombre. A eso alude mi temor frente a los refinamientos espirituales, origen muchas veces de los deterioros de la benevolencia. Tanta fuerza tiene la evocación del dios amor, que con su complicidad estamos frecuentemente dispuestos a sacrificar el orden metafísico y moral de las cosas, para desplazar a nuestro prójimo mediante bienes que llamaríamos amados. Es el peligro de admitir que sean realmente amor la afición y valoración del conocimiento, el gusto y valoración del arte, el anhelo de justicia, la preocupación por la patria”.¹⁹

Los violentos de cualquier índole, marxistas o antimarxistas, explicita Millas, cuando llegan a ocupar el espacio de la vida política, “es la sociedad entera la que es secuestrada, cae, en lo concerniente a su destino colectivo, bajo el poder de quienes, arrojándose su representación, deciden sobre el bien y el mal actuales y futuros. También en esta perspectiva más general se hace presente el rasgo de inapelabilidad tan característico de la violencia: ante ella, ni siquiera la Humanidad, en cuyo nombre opera, tiene posibilidad de apelación”.²⁰

¹⁹ Millas, J., “Naturaleza y deterioros del amor”, en: VVAA, *La eficacia del amor*, X Semana Social, Instituto Chileno de estudios Humanísticos, Santiago, octubre 1981, p. 73.

²⁰ *Ídem*.

Toda violencia supone el recuento desigual de los seres humanos, afirmó el filósofo contemporáneo Alain Badiou.²¹ A ese recuento, nos permite concluir Millas, es al que hay oponerse con todos los recursos de la inteligencia y del espíritu. “Más que de represión, más que de política de los gobiernos –señaló el pensador chileno–, se trata de un problema moral, que comienza con la necesidad absoluta de convertir la vida humana, a la persona humana, en algo intocable”.²²

El 10 de diciembre de 1978 se constituyó la Comisión Chilena de Derechos Humanos, Jorge Millas fue parte de los doce firmantes del Acta fundacional. Dadas las duras circunstancias que vivía el país, este acto está revestido de un claro alcance ético y político. Al igual que la Vicaría de la Solidaridad, creada por la Iglesia Católica, la Comisión fue una respuesta a la necesidad urgente de intervenir efectivamente en pro de la defensa de la vida e integridad de las personas.

En la Academia de Humanismo Cristiano, Millas también dictó semanalmente un curso sobre “El derecho natural y los derechos humanos”. De más está decir lo valioso que sería llegar a conocer esas lecciones de existir un registro de las mismas. *Fundamentos de los derechos humanos*²³, es el título de un texto breve, pero de gran riqueza y hondura, redactado a solicitud de la Academia y que apareció publicado poco después de la muerte del pensador. En él, Millas postula una cuádruple raíz para la fundamentación de los derechos humanos: metafísica, moral, social y práctica. El profesor Humberto Giannini ha realizado un hermoso y penetrante análisis de lo ahí planteado.²⁴ Desde este texto de Millas se podrían releer algunas de sus obras anteriores como *Idea de la individualidad* (1943) y *El desafío de la sociedad de masas* (1962), tomando como óptica la tematización de la dignidad humana.

A través de la diversidad de sus formas específicas, planteó Millas, los derechos humanos tienen como núcleo común ser el regulador moral y jurídico destinado a hacer

²¹ Badiou, Alain, *Abrégé de métapolitique*, Le Seuil, Paris, 1998, p. 107.

²² Entrevista a Jorge Millas: “Para reprimirlo hay que remover los pretextos que lo ennoblecen”, en: *Las Últimas Noticias*, marzo 1, 1981.

²³ Millas, Jorge, “Fundamentos de los derechos humanos”, en: *Revista Análisis*, noviembre 1982, pp. 35-37.

²⁴ Giannini, Humberto, “Acerca de la dignidad humana”, en: *La experiencia moral*, Universitaria, Santiago, 1992, pp. 133-144.

posible que cada individuo pueda realizar su destino desde aquellas capacidades distintas como humano. Los derechos tendrían, para el pensador chileno, también una “raíz” en la experiencia moral tomada en su sentido más básico y decisivo, esto es, en “la consideración del prójimo como ente análogo a nosotros y valioso en el mismo sentido en que lo es nuestro propio ser”.²⁵ Las consecuencias que de ahí se derivan para el trato mutuo, son las que la institución de los derechos fundamentales quiere propiciar y proteger. La “raíz” social de los derechos humanos vendría ligada al hecho que “la constitución, preservación y progreso de la sociedad como asociación de individuos racionales y éticamente responsables, exigen la validez y vigencia de esas normas que tienden, precisamente, a proteger a ese bien común que es la personalidad en su efectiva modalidad de humana. Y ello en interés de la sociedad”.²⁶

Los planteamientos de Millas tienen el mérito, a mi juicio, de dirigir nuestra consideración intelectual a la vinculación y mutua dependencia que existiría entre los derechos humanos y la democracia. A través de tales garantías la sociedad instituye jurídicamente una de las más importantes condiciones de posibilidad para su propia realización política, ya que en tanto los derechos humanos se constituyen como resguardo y promoción legal del individuo en sus capacidades específicas como ser humano (“ser consciente, pensante y libre”), contribuyen directamente a habilitarlo para la realización y ejercicio de la ciudadanía, algo fundamental toda vez que no hay democracia sin ciudadanos.

La democracia

El 27 de Agosto de 1980, pocos días antes de realizarse en Chile el plebiscito convocado por el régimen militar para determinar la aprobación de una nueva Constitución Política de la República, en circunstancias en que estaban suspendidas todas las garantías civiles,

²⁵ Millas, Jorge, “Fundamentos de los derechos humanos”, en: Revista *Análisis*, noviembre 1982, p. 36.

²⁶ *Ídem*.

políticas y electorales requeridas por un Estado de Derecho, y sólo por la existencia de una fuerte presión internacional, se permite un acto que congrega en el Teatro Caupolicán a opositores al texto propuesto. El evento se realizó a puertas cerradas, con asistencia limitada y sin cobertura mediática, a excepción de una radio. En esa oportunidad, dos fueron los únicos oradores, un político y ex Presidente de la República: Eduardo Frei Montalva; y un filósofo: Jorge Millas.

El escritor Jorge Edwards rememora así aquel acto: “A mediados de ese año 1980 me encontré un día en el interior del Teatro Caupolicán, en plena calle San Diego, en un recinto rodeado por soldados de la dictadura armados hasta los dientes y donde se suponía que los soplones de civil andaban por todos lados. Me acuerdo que mi vecino era Francisco Coloane, el autor de *Cabo de Hornos*. En otras circunstancias, un militante comunista no habría escuchado con interés a un “idealista” del estilo de Millas. Pero el ambiente de la dictadura tendía a terminar con esas diferencias intelectuales, por lo menos entre la gente lúcida y de buena fe. Pancho Coloane y yo escuchamos en silencio, embargados por la admiración, un discurso valiente, tajante, dicho con palabras certeras, que parecían golpear como pedradas en los andamiajes de apariencia impresionante, pero en realidad frágiles del adversario [...] Era, lo recuerdo muy bien, un ataque a fondo, admirablemente bien estructurado, macizo, contra la idea, idea con la que gustaba jugar al régimen militar, de una democracia protegida, autoritaria. Era la defensa, por el contrario, de una democracia sin adjetivos y cuya fuerza, única y poderosa, provenía del correcto ejercicio de la soberanía popular [...] en el tono de Millas, en su elegante equilibrio, en su precisión verbal, había un eco del pensamiento griego clásico y del pensamiento ilustrado de la Europa del siglo XVIII [...] su integridad solitaria de aquellos años le había permitido llegar a ser una conciencia acusadora, muy difícil de rebatir, frente a los manipulados oscurantismos de la dictadura”.²⁷

²⁷ Edwards, Jorge, “El improvisador discordante”, en: *Revista de Ciencias Sociales, En recuerdo de Jorge Millas*, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Valparaíso, n° 49-50, Valparaíso, 2004-2005, pp. 60-61.

A continuación reproduzco con cierta amplitud, aunque no íntegro, el mensaje de Jorge Millas. El significado histórico del contexto en que fue pronunciado, el valor republicano de su reflexión, el coraje ético y la generosidad humana que lo anima, la identidad política que rescata e impulsa, ameritan que el desconocimiento del discurso sea atenuado, aunque sólo sea en parte, por esta reproducción parcial:

Conciudadanos. Con fe, con orgullo, con esperanza, pronuncio esta palabra –conciudadanos– para dirigirme a ustedes. El gobierno permite que se la use aquí, en este recinto cerrado, donde puedan escucharla, para inspirarse en ella, sólo algunos chilenos. Pero no autoriza que, empleada por nosotros, haciendo valer todo su significado, resuene en otros ámbitos del país. A la mayoría de nuestros compatriotas se les reserva el deprimente privilegio de exponer su corazón y su inteligencia únicamente a la voz oficial que acalla la reflexión, que atemoriza, que encubre y hostiliza y que al mismo tiempo disimula todo eso.

Que sea así, pues, ya que poniendo la fuerza en lugar de la reflexión, nos privan de contacto efectivo con el resto de la ciudadanía.

Sin embargo, nosotros nos dirigimos espiritualmente a todos los chilenos, desde este lugar en donde, por primera vez en los últimos años, tiene lugar una verdadera experiencia ciudadana, esto es, de hombres libres que quieren llevar la libertad más allá de estos ámbitos, cuando decimos todos los chilenos, nos referimos realmente a todos. Incluidos aun a aquellos que estiman necesario hacer de este país una semi-república de ciudadanos a medias: aun a quienes piensan, como se ha dicho en estos días, que la democracia no es el gobierno del pueblo para el pueblo; aun quienes creen que Chile, después de ciento cincuenta años de régimen constitucional, no está preparado para deliberación ciudadana; aun, en fin, a quienes consideran que la Junta de Gobierno habría podido darnos graciosamente una Constitución sin consultar a la ciudadanía y que ésta debiera conformarse, reverente, con la magnificencia de aquella al invitarnos a este plebiscito, aun que se dé en medio de las más adversas circunstancias a la plena información, al libre debate y al espontáneo sentir del pueblo convocado.

A ellos, especialmente, los invitamos a la reflexión sin prejuicios. No a la reflexión que, con complicadas sutilezas técnico jurídicas sigue a las pasiones, para justificarlas y darles viso de racionalidad, no a la reflexión que sólo se propone servir de puntal al poder ansioso de manifestarse, como si el poder de alguien o de algunos pudiera ser la finalidad de la República.

Invitamos, en cambio, a una reflexión sencilla, de sentido común, a esa que parte de hechos de público conocimiento; a la reflexión que deja de lado las pasiones y los intereses particulares que las desencadenan; a la reflexión que busca tanto la verdad como los valores de más alto nivel, para que de allí, del poder de la verdad y de los valores, surja la única respetabilidad que puede reclamar el poder. Porque el poder, el que es capaz de organizar una República y tiene el derecho a exigir obediencia, no es sólo el hecho del mando y su mecánica consecuencia de acatamiento. Esto último puede conseguirlo la pura opresión, a la que se acata, pero no se obedece moralmente. La opresión inhibe, pero no expande la vida. Bajo las apariencias de un orden que es pasividad y silencio, deja oculto el desorden de la verdad atropellada, de los derechos conculcados, de los espíritus amedrentados o sugestionados, y de la falta de verdadera alegría y esperanzas cívicas.

Sólo en el orden verdadero, que viene desde dentro de la vida nacional, de la convicción y decisión de ciudadanos libres que participan en su establecimiento, conducción y corrección, puede surgir la auténtica autoridad de una comunidad política.

La experiencia y la imaginación humanas probadas a través de la historia, no han podido inventar una cosa mejor que la democracia para conseguir aquél orden auténtico y esa autoridad que lo hace posible. Sus defectos se corrigen en virtud de su propio dinamismo, porque su esencia está en el anti-dogmatismo, el anti-mesianismo, el anti-personalismo. La democracia puede mejorar siempre, porque se identifica, como la ciencia y las técnicas, junto a las cuales se ha desarrollado paralelamente, con el libre examen y la búsqueda de lo razonable. Mejorarla así es difícil, pero es lo que pone verdaderamente a prueba la capacidad de una nación y lo único por lo cual vale la pena jugarse en estas cosas por entero. No hay gracia alguna en proteger la democracia, desnaturalizándola. El desafío es salvarla desde la democracia misma. Es decir, mediante las instituciones realmente democráticas. En su autenticidad, está su verdadera autoridad. [...]

La historia de nuestra nación se resume en la marcha continua hacia el ideal de la vida democrática. A través de más de ciento cincuenta años aprendimos, no sin tribulaciones ni sobresaltos, a escucharlos y ejercer el derecho a ser escuchados. Nos acostumbramos a la altivez del ciudadano que obedece con la dignidad de quien ve su propia voluntad de convivencia reflejada en el espíritu y el orden político. Aprendimos a ver en el Presidente de la República a un primero entre iguales, a respetarlo sin temor, a considerarlo como un mandatario, esto es, encargado por nosotros de un cometido nuestro, no como un oráculo. Nos familiarizamos con la aspereza de los debates, con la intransigencia de los planteamientos doctrinarios, hasta con el vocerío a veces inquietante de la multitud. Pero siempre confiamos en la fuerza

del orden interior de los espíritus y en la profundidad histórica de las instituciones que triunfaban siempre. No sin razón podíamos enorgullecernos del buen sentido nacional. Dudábamos de muchas cosas, pero no de nuestro derecho a la duda. Vacilábamos, a veces, sobre el camino a seguir, pero nos animaba la fe de poder encontrarlo, como en el pasado, mediante el esfuerzo común de todos. Discutíamos, pero sin odio y sin temor. No temíamos a los abusos de poder, porque los abusos eran públicos, y públicamente se juzgaban por una prensa libre. Cuando llegaba el momento del gran rito democrático de designar mediante nuestros votos al ciudadano a quien se confiaba el mando supremo, pero no soberano, de la nación, juzgábamos, discutíamos, comparábamos a distintas personas y hacíamos que nuestro sentir y nuestro pensar de hombres libres nos ayudaran a sortear, sin dogmatismo, la encrucijada práctica entre la incertidumbre y la esperanza. Desconfiábamos de los partidos únicos y también de los hombres únicos.

Y cuando en algún período excepcional, de mínima extensión en nuestra larga historia, esta vitalidad cívica comenzó a perturbarse y se temió la ruptura del equilibrio creado día a día por nuestros desacuerdos –pues eso es la democracia– pensamos que había que reexaminar algunas de nuestras instituciones, no demoler la democracia misma como piensan algunos compatriotas, ni inventar ahora nosotros, de espaldas a la experiencia de las naciones en la Historia, una “nueva democracia”.

El orden democrático es un ideal sencillo y permanente: es la comunidad de hombres que, desiguales como personas, convierten sus desigualdades naturales en fuentes de dinamismo y, corrigiendo las desigualdades antinaturales, buscan un mínimo de concordia para vivir en común. Todo intento de innovación en esto es rechazo a la democracia misma. [...]

De aprobarse lo que el gobierno quiere, nacerá el orden aparente y compulsivo de unas instituciones sin base moral, por haber sido instauradas sin auténtico consentimiento ciudadano....Podrán saludarlo las autoridades y sus partidarios con alegría, porque así consolidan su poder e imponen sus doctrinas, incluso las económicas. Pero no será una alegría realmente nacional, no expresará la concordia mínima que la República necesita. El problema de la Nueva Constitución seguirá siendo la gran tarea histórica de los chilenos libres.²⁸

Como el lector notará, este discurso, un ejercicio de reflexión republicana como pocos en la historia de nuestro país, vincula sus planteamientos a una idea fundamental: la identidad nacional desarrollada en los años de vida independiente, puede ser interpretada, en gran medida, como la construcción histórica de un proyecto moral y político

²⁸ Discurso en el Teatro Caupolicán, publicado en *El Mercurio*, 30 de agosto de 1980.

que encontró en la democracia su más alta expresión y concreción, y frente al cual las presentes y futuras generaciones quedan reclamadas al compromiso activo y verifican, al mismo tiempo, uno de los más importantes criterios para evaluar y juzgar el curso que toma su destino.

Para la comprensión de las palabras de Jorge Millas es necesario recordar que el articulado permanente, y especialmente el transitorio, que el texto constitucional presentado tenía en su versión original, consagraba un régimen personalista y una democracia vigilada o tutelada, simplemente un pobre simulacro de democracia, con diversos mecanismos para suspender garantías básicas de un Estado de Derecho y para limitar la soberanía popular. Recién en el año 1988, cuando el régimen militar estaba ya debilitado por las movilizaciones sociales de oposición, lograron introducirse algunas modificaciones que, aunque importantes, no fueron suficientes, como lo manifiesta el acuerdo del año 2005 de todas las fuerzas políticas para introducir cambios que eliminan o modifican sustancialmente las principales creaciones del régimen autoritario, como la existencia de senadores designados y vitalicios, y el Consejo de Seguridad Nacional. No son pocos quienes piensan que lo que procedía era la elaboración de una nueva constitución y no enmiendas que le dieran el carácter democrático a una carta fundamental que no nació para honrar esa condición y ese espíritu.

Los historiadores de las ideas políticas en Chile, han pasado por alto el pensamiento de Millas sobre la democracia. Esto se puede deber a que no escribió un tratado sistemático ni un artículo en que abordara exclusivamente el asunto. Sin embargo, como hemos mostrado en otra oportunidad²⁹, en más de un texto es posible encontrar valiosas reflexiones sobre la democracia que ameritan nuestra atención. Recordemos sintéticamente, al menos, su concepto general. Para Millas, “la democracia es el único sistema en que se hace posible un gobierno del hombre por el hombre en función de los valores

²⁹ Figueroa, Maximiliano, “Idea y desafío de la democracia. El legado de Jorge Millas”, en: *Revista Hermenéutica Intercultural*, Universidad Católica Silva Henríquez, n° 12, Santiago, 2002-2003, pp. 201-217. Figueroa, Maximiliano, “La democracia como construcción moral de la sociedad. Ideas políticas de Jorge Millas”, en: *Revista de Ciencias Sociales, En recuerdo de Jorge Millas*, Universidad de Valparaíso, n° 49-50, 2004-2005, pp. 161-185.

³⁰ Millas, Jorge, “Frei entra en la historia”, en el libro póstumo Frei, E., *Eduardo Frei a los jóvenes. Lecciones para el futuro*, Editorial Atena, Fundación Frei, Santiago 1996, p. 56. El texto escrito en homenaje a la memoria de Eduardo Frei, es un reflejo de la amistad que existió entre el pensador y el político que fuera Presidente de Chile. La oscuridad de los tiempos referidos en este artículo, prolongan su sombra hasta el presente en que este texto termina de escribirse: un juez en visita sentencia a fines del año 2009 que la muerte de Eduardo Frei el año 1981 fue producto de un envenenamiento durante su permanencia post-operatoria en la Clínica Santa María de Santiago.

³¹ *Ibid.*, p. 57.

³² Millas, Jorge, *De la tarea intelectual*, Editorial Universitaria, Santiago, 1974, p. 34.

humanos. Ello hace que los gobernados pueden exigir respeto y que el gobernante sea responsable. Ello hace también que la autoridad del mando provenga del asentimiento racional ante su necesidad y eficiencia, y no de la fuerza. Y que la obediencia sea un hecho de plácida convicción moral y no de temor o embotamiento”.³⁰ “La democracia, ha de repetirse siempre, es la acción política que, con participación de ciudadanos libres, se corrige a sí misma. No puede, por eso, juzgársela o condenarla a partir de ninguno de sus yerros. Lo que importa es el ámbito de los valores humanos dentro del cual los aciertos pueden reemplazar al error, porque el acierto y el error no se confunden con la soberbia de hombre alguno, y el error cometido es siempre susceptible de rectificación”.³¹

La democracia obtendría su mejor concepto y más alta valía al ser concebida como una forma de convivencia humana, “ningún régimen de convivencia política –sostuvo Millas– ofrece mejores condiciones para la interacción de seres racionales y libres, que la democracia, aún en sus imperfectas realizaciones históricas”.³² Por eso en su pensamiento ésta aparece definida como un sistema de aproximación rectificadora hacia el ideal de un mundo de convivencia integral entre personas. Tal definición tiene el mérito de obligarnos a reparar en que la democracia es un *desideratum*, es decir que responde a un anhelo humano, y que, por lo tanto, ha de existir primero afincada en la voluntad humana que la afirma desde un querer práctico como valor a realizar; pero también implica visualizar que en ella se reconoce y acepta el riesgo que va aparejado cuando los seres humanos deciden encauzar sus asuntos y convivencia en los marcos de la libertad: “Todos los males de la democracia, y aún el más improbable, tienen por compensación la índole experimental del sistema, que es la índole de la vida humana misma siempre azarosa, inventiva, renovadora de sí misma a partir del fracaso. Y para ello la democracia cuenta con que sus miembros, si no son personas en el cabal sentido de la palabra, tienen la oportunidad de serlo, porque hay siempre abierto un amplio foro de expresión

política y siempre brilla alguna forma de conciencia auténtica, que a la par recrimina e insta a lo mejor”.³³

La Universidad

Millas fue un hombre ligado esencialmente a la Universidad. Se tituló de abogado y de Profesor de Estado en Filosofía por la Universidad de Chile, la misma casa en la que llegó a ser Presidente de la Federación de Estudiantes (FECH) en sus tiempos de juventud como representante del Partido Socialista. Realizó estudios de postgrado en Psicología y Filosofía en la Universidad Estatal de Iowa, EE.UU. Fue Profesor Visitante en la Universidad de Columbia, en Nueva York; dictó cursos en diversos centros latinoamericanos (Perú, Puerto Rico, Colombia). En Lima, colaboró con la Universidad de San Marcos para implantar los Estudios Generales. Por invitación del Senado y de la Cámara de Diputados de Puerto Rico, colaboró en la formulación de un proyecto de ley para la reforma de la Universidad en ese país.

Organizó el primer Congreso Internacional de Filosofía realizado en Santiago en 1956. Y hasta 1967 fue Director del Departamento de Filosofía de la Universidad de Chile, impulsando diversas e importantes políticas académicas. Su labor docente la prosiguió en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, donde organizó los estudios de Filosofía del Derecho y creó un centro de investigación y de docencia. Luego de publicar un artículo titulado *La Universidad vigilada*, debió renunciar a su Cátedra en 1975. Para entonces, el régimen militar ya había intervenido todas las universidades del país, designando autoridades militares en su dirección más alta, cerrando carreras, expulsando profesores, “purgando” bibliotecas, instalando la vigilancia y el temor. Junto a connotados

³³ Millas, Jorge, “Frei entra en la historia”, en el libro póstumo Frei, E., *Eduardo Frei a los jóvenes. Lecciones para el futuro*, Editorial Atena. Fundación Frei, Santiago 1996, p. 56.

académicos e intelectuales, funda y preside la Academia Andrés Bello cuyo objetivo fue la defensa de las instituciones universitarias y del pensamiento crítico y libre.

Finalmente, aceptará el cargo de Decano de la Facultad de Filosofía en la Universidad Austral de Chile (Valdivia), de la que había sido uno de los fundadores en los años sesenta. Dos apariciones en el vigilado espacio público de la época desembocan en un conflicto definitivo con la autoridad universitaria designada por el régimen. Millas denunció en una conferencia la situación de control, censura y represión que vivían las universidades chilenas y en una entrevista publicada por el periódico *El Sur* hizo lo mismo con la ausencia de libertad de prensa del momento.³⁴ Fue destituido de todos los cargos que ocupaba, pero se le mantuvieron sus cursos y se le ofreció un año sabático. Hubo reacciones de apoyo de connotadas personalidades del mundo académico y cultural, muchos docentes se movilizaron en muestras de solidaridad, algunos debieron pagar con sus despidos por ello. En junio de 1981, Millas abandona definitivamente la universidad. En parte de la carta de renuncia, manifiesta lo siguiente: “Mi alejamiento a la Universidad después de haber ayudado (sólo ayudado) a pensar su creación, y después de haberla servido por más de 12 años –y en horas a veces aciagas– no es voluntario. Si formalmente presento mi renuncia, lo hago contra mis deseos. Está asimismo contra mis deseos alejarme de las universidades de Chile, en general –que esto significa también mi renuncia”.

Sin embargo, las cosas no pueden ser de otra manera. El problema universitario del país es gravísimo. El trastorno intelectual y moral, originado en una subversión de valores que lleva a confundir el orden físico con el orden espiritual, está causando un deterioro de larga reparación a nuestra cultura y a nuestra educación. Mucho de lo que pasa hoy por universitario, es un lamentable remedo de la Universidad verdadera... en estas condiciones hallarme fuera de la Universidad es para mí –y en un sentido personal e intrasferible– un deber de autenticidad.³⁵

³⁴ Diario *El Sur* de Concepción, 27 de Febrero de 1980.

³⁵ Revista *Hoy*, n° 204, Santiago, junio de 1981.

En un discurso pronunciado días después, en una manifestación de despedida ofrecida por la comunidad valdiviana con motivo de su alejamiento de la Universidad Austral, Millas expresa sobre la situación universitaria: “‘Autoridad y orden’ parece ser el lema. Pero es un lema espiritualmente estéril, que sólo puede conseguir los funestos efectos de que da cuenta la actual postración universitaria. Para la inteligencia y la ciencia, la autoridad no consiste en obtener acatamiento, sino libre reconocimiento de lo que vale en virtud de su fuerza de convicción racional. Y en cuanto al orden, no es un orden lo que ha obtenido el Gobierno en nuestras universidades, sino inmovilidad y silencio. El orden verdadero es un concepto referido a la actividad, no a las situaciones inertes. Lo inerte no es ordenado, sino pétreo, y, en el mejor de los casos, viscoso”.³⁶ Prosigue, hacia el final, despidiéndose de sus colegas con la delicadeza humana que lo caracterizó siempre, asumiendo con coraje su condición individual y buscando no producir turbación en su prójimo: “Mi renuncia es, pues, una actitud personalísima, que ni busca emulación, ni señala ejemplo. Era mi responsabilidad hacerlo, y en esta hora. Pero la hora y la forma del ejercicio de la responsabilidad son personales, porque son diferentes para cada quien. El silencio severo y sereno, pero no disimulado en actos de complicidad ambigua, puede ser también, un modo de salvar el espíritu, siquiera porque mantiene vivo el fuego de la conciencia, que es siempre el refugio invulnerable de la libertad como potencia. Me alejo de las universidades del país, aunque no me despidió de ellas. En cuanto a despedirme, no quiero hacerlo, porque no he perdido la esperanza. En cuanto a separarme, me lo impide mi destino, definido ya, inexorablemente, por mi biografía. En una Universidad chilena me formé, varias veces he servido, y le debo mucho de lo que he podido ser y hacer en el país. De alguna manera, pues, la Universidad chilena está dentro de mí, y al desvincularme administrativamente de ella, la llevo espiritualmente conmigo”.³⁷

³⁶ “Reflexiones del profesor Jorge Millas ante su alejamiento”, en: *El Correo de Valdivia*, agosto 9, 1981, p. 2.

³⁷ *Ídem.*

Estas palabras develan lo difícil que resultó para Millas dejar la Universidad. Fuera de ella, el filósofo arrastró su propio y doloroso desarraigo. “Pocos lugares quedaban a Millas –señaló sensiblemente Humberto Giannini– para sentirse en su propio territorio. En cierto sentido, también él, expulsado de su “tierra nutricia”, andaba en exilio con su pensamiento, si no con su enjuta humanidad”.³⁸ Fuera de las aulas, “en medio de una sociedad insolidaria, torpemente pragmatizada”³⁹, transcurrió el último tiempo de Millas, dedicado a lo que con triste ironía él mismo denominara docencia privada o “competitiva”. Las palabras que escribiera en homenaje de Ortega, operan como una suerte de profecía de lo que sería el derrotero adoptado por su vida en los últimos años: “No sólo el martirio físico rinde testimonio de nuestra adhesión al bien y la verdad; el martirio moral suele ser mucho más intolerable todavía, pero si el intelectual no puede afrontarlo, no está realmente a la altura de su responsabilidad”.⁴⁰

Con esta renuncia, estamos nuevamente frente a un acto testimonial que prolonga en gesto vital lo que Millas pensó y escribió. El libro *Idea y defensa de la Universidad* contiene gran parte de su reflexión sobre la universidad, y abarca discursos, conferencias y artículos escritos antes y después del año 1973. Se trata, sin lugar a dudas, de una obra que debiera recibir la atención de los estudiosos de la historia de la universidad en Chile. Podría afirmarse que Jorge Millas simbolizó entre nosotros, especialmente en la lucha de sus últimos años, la resistencia de la Universidad del Espíritu a la fuerza usurpadora de la Universidad del Poder.⁴¹

Millas vino a recordarnos que “lo que la universidad no puede dejar de ser como tal, es una comunidad de maestros y de discípulos destinada a la transmisión y al progreso del saber superior”.⁴² Tal saber, “es el que surge como producto de las técnicas más elaboradas que el tiempo dispone para la búsqueda, el discernimiento, la integración y la verificabilidad del conocimiento humano”.⁴³ Por lo tanto, señaló, puede decirse

³⁸ Giannini, Humberto, “Jorge Millas, o del difícil ejercicio del pensar”, *Revista Hoy*, n° 278, noviembre 17, 1982, p. 14.

³⁹ *Ídem*.

⁴⁰ Millas, Jorge, *Ortega y la responsabilidad de la inteligencia*, Anales de la Universidad de Chile, Santiago, 1956, p. 34.

⁴¹ Tomo estas expresiones, vinculadas a la tradición alemana, del pensador chileno Luis Schertz, uno de los intelectuales que más y mejor pensó la esencia y destino de la universidad en general y de la universidad chilena en particular, y cuyo trabajo Jorge Millas tanto respetó. Ver el valioso volumen editado por el profesor José Santos: Schertz, Luis, *La universidad chilena desde los extramuros*, Ediciones de la Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2005.

⁴² Millas, Jorge, *Idea y defensa de la universidad*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1981, p. 27.

⁴³ *Ibid.*, p. 28.

que a la universidad le compete “la custodia de un tesoro: el mejor saber de su tiempo”. Cuando se cree que la universidad tiene el conocimiento como meta, la verdad y la libertad como valores, y los procedimientos de la discusión y el diálogo racionales como técnica⁴⁴, resulta inevitable juzgar que cuando tal institución es apartada de estas coordenadas, se la disminuye directa y gravemente en su índole más propia: “antes que nada la universidad tiene que ser baluarte del conocimiento inspirado en la verdad y en la libertad y regulado por la discusión crítica”.⁴⁵ “Es el último refugio que en nuestra sociedad, corrompida o por el mercantilismo o por las ideologías políticas, puede encontrar el libre discernimiento”.⁴⁶

La responsabilidad de la filosofía

Quisiera recordar una preocupante advertencia que hizo Millas y que nos concierne directamente. Sostuvo que una de las peores secuelas que dejan las dictaduras, es la prolongación de la indiferencia política, vale recuperar sus palabras en este punto: “Junto con tornarnos apáticos, las dictaduras, convertidas en sistemas, favorecen la esterilidad intelectual y la torpeza ética. La función social de promover el perfeccionamiento del hombre como ser intelectual y moral, se ve entorpecida de raíz. Puede entonces contemplarse el espectáculo de muchedumbres afanosas, que van y vienen del trabajo, como si éste fuera una empresa en común; que ríen y sonríen comprando y vendiendo, aunque de hecho estén negociando sus almas; que entran y salen de los sitios de diversión, como si en verdad tuvieran serias preocupaciones que divertir; que pasean por espléndidos parques y jardines, como si en verdad tuvieran una rica vida interior. Sin embargo, en la etapa extrema del proceso, sólo se trata de seres incomunicados, ajenos

⁴⁴ Ibid., p. 30.

⁴⁵ *Ídem*.

⁴⁶ Ibid., p. 35.

al bien colectivo, embotados por el hábito de la indiferencia política. Estamos en plena sociedad falsificada”.⁴⁷

Millas pensaba que con tal indiferencia la sociedad se hace menos social y sus componentes menos personas. Por tal camino la sociedad sólo genera condiciones para una convivencia fracturada, una que simplemente no se logra o que sólo llega a ser tangencial, cargada de modulaciones negativas que conducen a enclaustrar nuestras individualidades.

El temor más reiterado por Millas fue que la sociedad de masas significara el angostamiento de la conciencia y afectividad del hombre, la relajación de la curiosidad y del asombro, la atrofia de la capacidad crítica y valorante; temía que en el seno de esta sociedad llegara a convertirse en banal precisamente aquello que requiere la máxima conciencia y vigilancia: el hombre mismo y la vida misma.⁴⁸ Su gran empeño consistió en la promoción de la condición espiritual del individuo, y por tal entendió la capacidad que posee el ser humano de hacerse cargo de su vida, de la situación de su mundo y de la calidad de su convivencia con otros, todo esto a través de la institución de sentidos que contribuyan a la afirmación de la dignidad humana. Ser espiritual no sería en el fondo más que otra forma de decir ser responsable.

Del pensamiento de Millas se desprende el reconocimiento de que somos responsables de los bienes, materiales y espirituales, a los que no se accede en soledad, sino a través de la acción social de los hombres. Así, la justicia, la libertad, la verdad, sólo son bienes posibles en los espacios, instituciones, costumbres y ordenamientos que los seres humanos nos damos para materializar nuestras expectativas de vida y convivencia. Cada vez que dejamos de implicarnos en una esfera de acción social, algún bien se ve afectado, y cada vez que esto sucede son seres humanos concretos los que quedan expuestos a experimentar heridas o situaciones de menoscabo. En este sentido, la filosofía

⁴⁷ Millas, Jorge, “Frei entra en la historia”, en el libro póstumo Frei, E., *Eduardo Frei a los jóvenes. Lecciones para el futuro*, Editorial Atena. Fundación Frei, Santiago 1996, p. 55.

⁴⁸ Millas, Jorge, *El desafío espiritual de la sociedad de masas*, Ed. Universitaria, Santiago, 1962, p. 51.

representó para el pensador chileno una experiencia límite a través de la cual el hombre se hace máximamente consciente de las demandas que la realidad implica para la propia libertad, porque en su ejercicio logran “verse a plena luz la magnitud y el significado del sufrimiento humano. Porque ahí no puede ocultarse el propio hombre, con sus terrores y sus mitos, como responsable de muchas formas históricas de ese sufrimiento, incluso de aquellas implantadas para acabar con el sufrimiento”.⁴⁹

La efectiva contribución del ejercicio del pensar crítico-reflexivo apunta a poner al hombre frente a su propia responsabilidad respecto al prójimo y a su mundo. En un discurso ante egresados universitarios, Millas dibuja así su idea de la responsabilidad: “Esa responsabilidad que nos hace solidarios del dolor compartido por los miembros de una comunidad, trátese de la humanidad, la nación o la familia. Esa responsabilidad que nos mueve más a pensar en el deber de poner atajo a un mal presente, sea o no consecuencia de nuestros actos, que a buscar el culpable inmediato en el pasado. Esa responsabilidad, en fin, que no se escuda tras la conciencia de no haber hecho algo malo, y que afronta, en cambio, la exigencia de actos positivos de bien. La responsabilidad, en buenas cuentas, que nos convierte en custodios permanentes del bienestar del hombre, con el alma generosamente dispuesta en todo instante a la acción moral creadora”.⁵⁰

En todos los pronunciamientos públicos del período –artículos, conferencias, discursos, entrevistas–, incluso los que realizó luego de verse obligado a renunciar a la universidad, Millas nunca reflejó algo siquiera cercano a la odiosidad o el resentimiento, sus palabras estuvieron siempre tocadas por la moderación, por el sentido de un futuro posible de mayor altura ética, por la generosa humanidad, por la esperanza de llegar con la fuerza de la razón al entendimiento ajeno, todo lo cual no afectó en un ápice la claridad de su denuncia ni la severidad de su crítica. Para el escritor y columnista Guillermo

⁴⁹ Millas, J., *Idea de la filosofía*, Editorial Universitaria, Santiago, 1969, p. 13.

⁵⁰ Millas, J., *Idea y defensa de la Universidad*, Editora del Pacífico, Santiago, 1981, p. 17.

Blanco, Jorge Millas fue un hombre de razón en el sentido humanista del término: “las veces que intervino en política lo hizo para analizar, argumentar, ver si conseguía persuadir o si era persuadido. El mismo dijo en una oportunidad –recuerda Blanco– que quería dialogar, abrir debate ‘con reflexión y sin ira’ [...] Habló, razonó, inagotablemente. Mientras más se sumían en la fuerza el país, las universidades, los medios de comunicación, más se esforzaba él por sacarlos hacia el aire libre de la razón”.⁵¹ El escritor inglés George Orwell acuñó la expresión “una cólera generosa” para describir la literatura de Charles Dickens en lo que ésta tuvo de denuncia frente a las situaciones de injusticia social que se vivieron en los primeros tiempos de la Revolución Industrial. Esta cólera generosa puede ser atribuida, pienso, a Jorge Millas: la suya fue siempre una crítica sin malicia, como si supusiera que el fallo que ha causado tanto sufrimiento se debiera más a la ignorancia o a la irreflexión que a la maldad, y que el mal simplemente tiene que ser advertido para remediarse. “Creo que la conciencia de nuestros males –sostuvo en una oportunidad el pensador– va haciéndose más ancha y más profunda, y que en algún momento alcanzará aún a aquellos que los causan”.⁵²

A casi tres décadas de su muerte, es un deber señalar que las presentes y futuras generaciones encontrarán en Jorge Millas una fuente de inspiración y estímulo para responder a los anhelos de construir sus vidas con lucidez, libertad y sentido. El testimonio y los escritos que nos deja en herencia, son un verdadero aliento para todos los que creen que la indiferencia, la banalidad y el egoísmo, no pueden tener la última palabra en la modelación de nuestra sociedad y de nuestro tiempo, y que es en esa resistencia donde especialmente ilumina el valor de pensar.

Para terminar, un recuerdo más. En una entrevista que Millas concedió poco antes de morir, mantuvo el siguiente diálogo:

⁵¹ Blanco, Guillermo, “Por la razón”, en: *Revista Hoy*, n° 278, noviembre 17, 1982, p. 21.

⁵² “Reflexiones del profesor Jorge Millas ante su alejamiento”, en: *El Correo de Valdivia*, agosto 9, 1981, p. 2.

⁵³ Entrevista reproducida en *Anuario de filosofía jurídica y social. Estudios en memoria de Jorge Millas*, Sociedad chilena de Filosofía jurídica y social, Valparaíso, 1984, p. 27.

- ¿Qué le ha enseñado la filosofía?
- Creo que fundamentalmente me ha enseñado a ser tolerante y a rechazar todo dogmatismo. También me ha llevado a ejercer un control medianamente racional sobre mis instintos y mis frustraciones.
- ¿Y qué le ha enseñado la vida?
- La vida me ha llevado a la conclusión de que el bien máspreciado que podemos perseguir es la bondad, más que el saber.⁵³

Referencias Bibliográficas

Arendt, H., *Hombres en tiempos de oscuridad*, Gedisa, Barcelona, 2001

Devés, E., Pinedo, J., Sagredo, J., *El pensamiento Chileno en el siglo XX*, FCE, México, 1999

Edwards, Jorge, “El improvisador discordante” en *Revista de Ciencias Sociales, En recuerdo de Jorge Millas*, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Valparaíso, n° 49-50, Valparaíso, 2004-2005, pp. 60-61

Figueroa, M., “Idea y desafío de la democracia. El legado de Jorge Millas” en *Revista Hermenéutica Intercultural*, Universidad Católica Silva Henríquez, n° 12, Santiago, 2002-2003, pp. 201-217.

——— “La democracia como construcción moral de la sociedad. Ideas políticas de Jorge Millas”, *Revista de Ciencias Sociales, En recuerdo de Jorge Millas*, Universidad de Valparaíso, n° 49-50, 2004-2005, pp. 161-185

Giannini, H., “Jorge Millas, o del difícil ejercicio del pensar”, *Revista Hoy*, diciembre, 1982

——— “Homenaje a Jorge Millas a 20 años de su muerte. Acerca de la dignidad del hombre” en *La experiencia moral*, Ed. Universitaria, Santiago, 1992.

Millas, J., *Idea de la individualidad*, Prensas de la Universidad de Chile, Santiago, 1943.

——— *El desafío espiritual de la sociedad de masas*, Ed. Universitaria, Santiago, 1962.

——— *Idea de la filosofía*, Editorial Universitaria, Santiago, 1969.

——— *De la tarea intelectual*, Editorial Universitaria, Santiago, 1974.

——— *Idea y defensa de la Universidad*, Editora del Pacífico, Santiago, 1981.

- “Fundamentos de los derechos humanos”, artículo en Revista *Análisis*, noviembre 1982, pp. 35-37.
 - “Naturaleza y deterioros del amor” en VVAA, *La eficacia del amor*, X Semana Social, Instituto Chileno de estudios Humanísticos, Santiago, octubre 1981.
 - “Frei entra en la historia” en el libro póstumo Frei, E., *Eduardo Frei a los jóvenes. Lecciones para el futuro*, Editorial Atena. Fundación Frei, Santiago 1996.
- Schertz, L., *La universidad chilena desde los extramuros*, Ediciones de la Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2005 [edición a cargo de José Santos H.].
- Sierra, M., “La renuncia de Jorge Millas” entrevista y reportaje en Revista *Hoy*, número 204, Santiago, 17 a 23 de junio de 1981.